

Parte 2 - Capítulo 7 (Francisco Amorim Pereira de Castro)

Desde el primer momento, nuestras risas y bromas tontas rompieron la rigidez de las lecciones. Pedro se esforzaba por camuflar (¿o acentuar?) su aire intelectual con ropa relajada y a menudo andrajosa. Parecía orgulloso de su aspecto de alma humilde pero libre, mezcla de Bob Dylan y Georges Moustaki, aunque no pudiera igualar su don para la canción, porque eso era un arte para otros señores. Vestía mal y la ropa le quedaba mal. Y era aparentemente descuidado. Aparentemente. En realidad, todo estaba pensado al detalle. Ante los demás, asumía con orgullo la postura del desprendido, del idealista puro. Su pelo perfectamente desaliñado y sus ojeras le daban el aspecto de un portero de discoteca sin techo o de un eterno bohemio, según la hora del día o de la noche, pero revelaban a cualquiera que era un soñador.

Aun así, Pedro no necesitaba ropa para hacerse un nombre, era astuto y perspicaz como el que más. La PIDE lo cogió a pintas el primer, vamos, segundo día, y ya no lo soltó.

Vivía en Alta de Coimbra, en el número 98 de la comúnmente conocida Rua do Correio Velho, en la famosa República dos Kágados. La vida comunitaria se basaba en la democracia en términos de toma de decisiones, un concepto inusual en aquellos tiempos. Para no escandalizar a la monarquía, las repúblicas estudiantiles se denominaban antiguamente “repúblicas reales”. El adjetivo le dio un toque de sensibilidad al nombre, aunque ya estaban gestionadas como verdaderas repúblicas. Quizás hubo una excepción: no eran ciudadanos corrientes los que vivían allí, sino más bien hermanos. Y eso es exactamente lo que descubrí: hay hermanos que son hermanos más allá de los lazos de sangre y carne.

Esa casa era sin duda una “cosa pública”, porque todo había un poquito ahí. Fundada en 1933, la República de Kágados ya contaba con un nombre y reputación bien merecidos y sus valores se transmitieron de generación en generación, desde el veterano kágado hasta kágado de primer año.

Si la fiesta fue mucha, también lo fue la solidaridad; y si hubo un código de conducta, este estuvo guiado por la intensa intervención reivindicativa de sus vecinos. Muchos de los que pasaron por allí hicieron historia, pero no tuvieron el inconveniente de ser hijos de coroneles de la PIDE. Quizás mi nombre quede en la memoria de algunos kágados como recuerdo vago. Ciertamente tengo el mérito de ser poco más que un desconocido.

No sin cierta envidia miraba a Pedro rodeado de noche y día por los “hermanos” de la república. ¿Cómo no envidiar? Mientras proclamaban, en el tono de quienes buscan la fuerza de la unión, “¡somos una de las repúblicas más antiguas del mundo!”, yo me tambaleaba solo, ávido de más, ávido de todo. Tenían un vínculo propio y los demás quedaron fuera.

Al principio, tal vez reprimido por la timidez o la envidia, no lo sé con seguridad, me sentí excluido, desterrado de este pacto de herman-

dad, pero, tras la vergüenza inicial, llegó el entusiasmo por la vida estudiantil, despertado poco a poco por Pedro. Entonces comencé a seguirlo durante todo de lado, como el discípulo sigue al maestro, y terminé insertándome en el medio.

Al final del primer año, en uno de mis momentos de mayor orgullo, y aunque no vivía en la república, me convertí, casi espontáneamente y ciertamente con razón, en kágado también. Rápidamente, la república se convirtió en mi segundo hogar: ese era el punto de encuentro diario de todos los «hermanos», epicentro de la convivencia y taina, pero donde la lucha por la democracia y la libertad fue tenaz. Pedro y yo éramos entonces inseparables; A veces incluso podría leer sus pensamientos.

Toda la república estaba alojada en una estrecha casa de cuatro pisos, dispuesto entre un edificio similar y una escalera, el famoso y muy escaleras kagadais ocupadas. Dos sencillas puertas de dos hojas en el planta baja y dos pequeñas ventanas cuadradas en cada una de las plantas superiores por las que entraba poca luz, decoradas con objetos. Tonos más extraños llenaron la suave fachada. La puerta de entrada siempre estaba abierta para conocidos y extraños. En el interior, la confusión era comunes. Doña Virgínia, o Gina, como todos cariñosamente trataron con esmero, ella tampoco formaba parte de la cofradía, había servido allí durante muchos años. Era su responsabilidad cocinar y ayudar con el mantenimiento, evitando estoicamente que la casa se derrumbara sobre todos. A lo largo de los treinta y cuatro años que trabajó para la república, la valiente mujer debió ver un poco de todo, pero nunca le faltó la paciencia para afrontar las travesuras de los muchachos, ni para preparar apresuradamente otro plato para algún invitado - o dos o tres o cuatro -, en el último minuto.

Parte 3 - Capítulo 6 (Colonel Augusto Pereira de Castro)

El doctor Azevedo no era sólo un intelectual con la costumbre de las teorías y las tertulias de café podrían cambiar el mundo. También pertenecía así como ese tipo de hombres contaminados por la pernicioso obsesión por mujeres extranjeras. La humillación me carcomía. Ya me imaginaba el mas grande de vergüenza. Tarde o temprano se descubriría la verdad. Atrapado por el adulterio de mi esposa, ¿qué sería de mí? La traición de una mujer no se parece en nada a la de un hombre: es más agudo, más conmovedor en el golpe. No es carne lo que busca, sino alma. Y no hay encuentro de almas sin pasión.

A pesar del honor ultrajado y la profunda amargura... – y la ira ¡también! –, era incapaz de odiarla. Sufrió en secreto. sufrí y amé ir en secreto. Incluso le encantaba sufrir. Sonaba más a martirio que a amor, pero no podía concebir la vida sin ello. Solo quería que ella me amaba. Y hay tantas maneras de amar... La gratitud es una de ellas.

Había recibido avisos de todas partes, pero nunca quiso verlo y, por increíble que parezca, lo peor estaba por llegar.

Al doctor Azevedo le estaba reservado un destino poco piadoso.

¡Ninguna tortura sería lo suficientemente severa para esa criatura del infierno! Y no merecía menos.

Al día siguiente de la revelación, me reuní con Coutinho. Me ahorré el ritual del paseo, taberna, bagazo, desvío y portón y me dirigí directamente a su casa. Necesitaba saber más, necesitaba que me diera más detalles. Las luces, las voces, los olores provenientes de las casas vecinas revelaban que se acercaba la hora de cenar. Llamé a la puerta. Apareció segundos después y me miró fijamente con sus sorprendidos ojos verdes. Miró a un lado, miró al otro y me miró. No se podía ver a nadie cerca. Sólo yo.

Me invitó a entrar con tono angustiado, porque si «los arbustos tienen ojos y las paredes tienen oídos», las calles de Beira-Mar tienen ojos y oídos muy atentos. Miré hacia la casa. No vi ninguna mujer. Me pareció una casa humilde, sin lujos y, ciertamente, poco pan, pero no dediqué mucho tiempo, ni a la observación ni a la visita: apenas los minutos necesarios para que Coutinho, algo presionado, me dijera Sobre Azevedo. Quería saberlo todo, no podía soportar permanecer en las sombras.

Asaltada por unos modales repentinamente gallardos, ‘Sal’ lo describió como “inteligente”, “bien hablado”, “seguro de sí mismo”, “elegante” y con una miríada de otros atributos. infinidad de otros atributos. Parecía disfrutar restregándose por la cara cara tantas cualidades. Por lo que me contó de él, no podía ser una buena persona. Ni un solo defecto, ni una sola crítica. Siempre he desconfiado de la gente así. Para mí, no era más que otro de esos intelectuales de palabras vacías, tan astuto como charlatán.

Los intelectuales como Azevedo no respondían bien a los golpes. Merecían otro tipo de tortura. Tortura para los egos. Para aquellos que creían que retozando alrededor de una mesa podrían cambiar el mundo y liberarlo de todos sus males. Estos eruditos caravaneros, con vidas más extrañas que las palabras que pronunciaban, poseían con las que hablaban, estaban poseídos de una vanidad y arrogancia tan desmesuradas que no estaba en la mano de todos torturar su ego. Ni siquiera Ramos. Su carácter era demasiado blando para tales casos. Pero cuando se trataba del látigo, la PIDE sabía a quién recurrir.

En lugar de puñetazos y patadas, se utilizaba la tortura del sueño, supuestamente eficaz. Sin dormir ni descansar, y aún privados de baño, a los prisioneros sólo se les permitía enjuagarse la cara con agua y, si tenían suerte, cepillarse los dientes. Su pedantería fue pronto superada. Aquellas personas vivían del amor propio, era lo más valioso para ellas. Sin descuidar nunca la postura y el atuendo, les gustaba oírse enardecidos, ataviados con elegantes trajes a la moda, en discursos ilustrados al alcance de muy pocos. Era casi mordaz. Pero los agentes de la PIDE, entre dos o tres patadas y media docena de puñetazos, arruinaban prontamente su dignidad con el estridente sonido de la paliza. Para aquellos comunistas de la alta burguesía, fue un puñetazo directo al ego.

El último vuelo de la gaviota de la ciudad de Sal

O *Último Voo da Gaiivota da Cidade do Sal* [El último vuelo de la gaviota de la ciudad de Sal] es una novela narrada a tres voces que mezcla drama, misterio y reflexiones sobre la condición humana y el paso del tiempo. Ambientado entre 1967 y 2012, es un libro que se presenta en forma de recuerdos y explora, de forma cruda, los conflictos personales, así como los diversos matices de las relaciones humanas, ofreciendo una perspectiva íntima de cómo las personas afrontaban los desafíos. desencadenado por el contexto político opresivo durante la transición de Portugal del Estado Novo a la democracia después del 25 de abril de 1974.

La historia se centra en Aveiro, pero con algunos pasajes en Coimbra y Brasil, lo que proporciona un escenario rico y variado. El paisaje y el entorno vinculados a la recolección de sal de la pequeña y discreta ciudad de Aveiro juega un papel importante en la creación de la atmósfera.

La narrativa se desarrolla a través de las perspectivas de una salinera, un emigrante y un censor del régimen, cuyas historias se entrelazan de forma original, manteniendo el misterio hasta el final. Los personajes, presentados con gran profundidad psicológica, brindan una mirada multifacética a la vida durante la dictadura portuguesa, permitiendo al lector comprender las complejidades y dilemas que enfrenta la gente común bajo un régimen autoritario. El autor utiliza el amor en todos sus aspectos (materno, paterno, fraterno, romántica e incluso la amistad) para explorar temas profundos como la represión política (portuguesa y brasileña), la censura, la impresión clandestina, la infertilidad, el aborto, la añoranza, la pérdida, la traición, la esperanza y la resiliencia.

La historia de amor entre Maria Antónia Coutinho, una joven salinera de Aveiro e hija de un impresor clandestino, y Francisco de Castro, estudiante de Derecho en Coimbra e hijo de un coronel de la censura, sirve como hilo conductor para explorar estos temas. La relación prohibida entre los dos personajes no sólo refleja las tensiones sociales y políticas de la época, sino que también enfatiza las consecuencias personales y emocionales de vivir bajo un régimen opresivo.

S. Costa Brava es elogiada por su capacidad para combinar ficción con elementos históricos reales, basando sus historias en investigaciones detalladas y entrevistas. El libro fue, de hecho, reseñado por la profesora María José Curado, especialista en evolución y Historia urbana de Aveiro. La prosa de S. Costa Brava se describe como atractiva y emotiva, capaz de retener al lector de principio a fin. La escritora invita a los lectores a explorar la resistencia, el amor y la búsqueda de la libertad en un período complejo de la Historia de Portugal. La profundidad de los sentimientos y la complejidad de las situaciones retratadas hacen reflexionar al lector sobre la naturaleza humana.

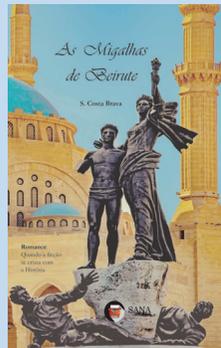
¿Hasta dónde llegarías por amor? ¿Hasta dónde llegarías por el amor de un hijo?



S. Costa Brava

Nació y creció en París, pero fue en Portugal donde se licenció en Lenguas y Literatura. Trabajó durante varios años como profesora en Portugal antes de seguir nuevos rumbos con su familia. Fue mientras vivía en Medio Oriente cuando despertó el deseo de escribir. Comenzó con un ensayo y un cuento infantil que ganó un concurso literario, antes de debutar en el romance con *As Migalbas de Beirute* [Las Migajas de Beirut] (Sana Editora). En 2018 se mudó a África y la pasión fue inmediata. Luego escribió su segunda novela: *O Veneno de KwaZulu* [El Veneno de KwaZulu] (Sana Editora). *O Último Voo da Gaiivota da Cidade do Sal* [El Último Vuelo de la Gaviota de la Ciudad de Sal] es su tercera novela. Actualmente vive en Portugal, donde compagina su profesión con la escritura.

Otros libros del autor:



S. COSTA BRAVA

FERIA DEL LIBRO DE FRANKFURT 2024



SANA[®]
EDITORA

O ÚLTIMO VOO DA GAVIOTA

DA CIDADE
DO SAL



"Dizia ter medo de trovoadas, mas guardava no coração mil tempestades.
No seu íntimo, o receio maior era ser normal. Por sorte, a normalidade
nunca foi o forte da família Amorim Pereira de Castro."

S. COSTA BRAVA



SANA[®]
EDITORA

EL ÚLTIMO VUELO DE LA GAVIOTA DE LA CIUDAD DE SAL